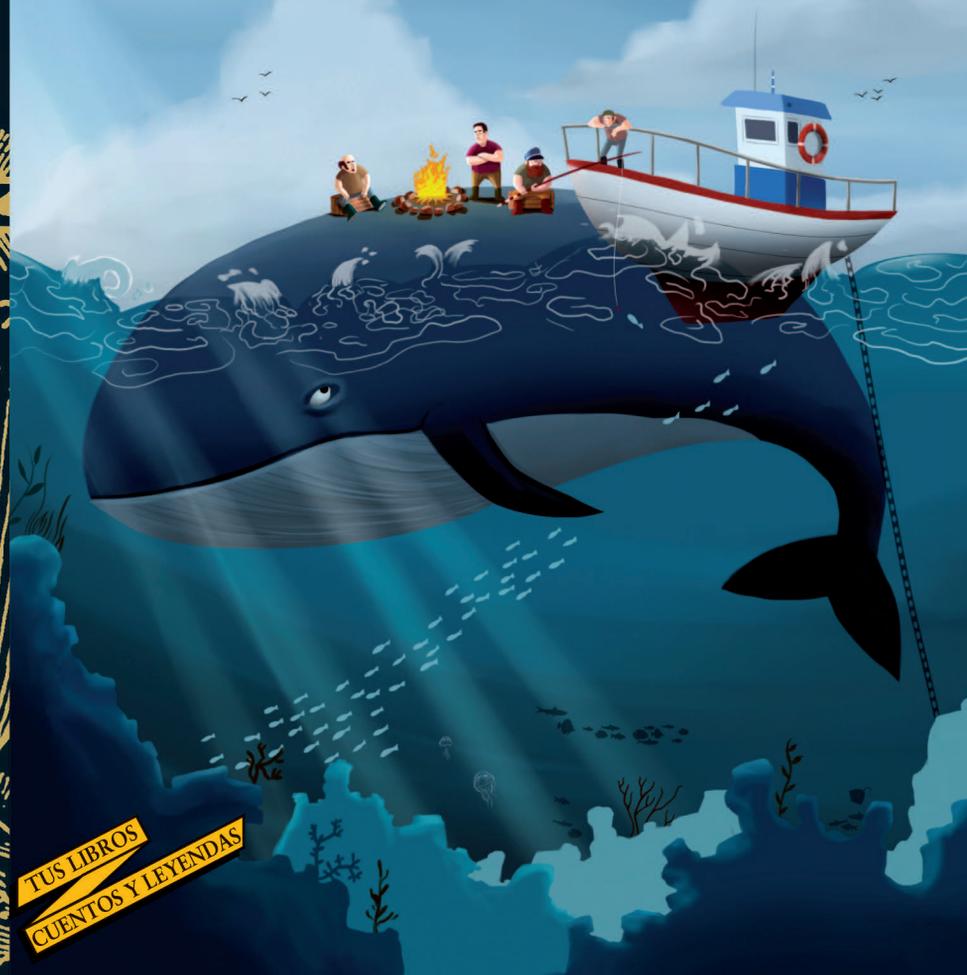


CUENTOS Y LEYENDAS DE GALICIA

Antonio Reigosa



TUS LIBROS

CUENTOS Y LEYENDAS

ANAYA

Los orígenes

CÓMO NACIERON LAS RÍAS DE GALICIA

En un primer momento, Dios se olvidó de crear las rías y las islas de Galicia y de no ser por un accidente, que enseguida os cuento, hoy no existirían.

En el séptimo día de la Creación, El Señor, exhausto tras seis intensísimas jornadas de trabajo, descansaba tranquilamente sentado sobre la cumbre del monte Santa Tegra¹. A su alrededor, quedaban muchos escombros y, como había llovido intensamente, el suelo se había convertido en un lodazal intransitable.

Fue entonces cuando se escurrió de su asiento y para no perder totalmente el equilibrio El Creador apoyó su mano derecha sobre el lodo. De este modo, los cinco dedos de la mano de Dios grabaron sobre aquel campo de lodo cinco profundas hendiduras, que, al retirar su enorme mano, fueron ocupadas inmediatamente por el agua del océano.

¹ El monte Santa Tegra («Tecla») está situado en A Guarda, en la provincia de Pontevedra. Es un lugar privilegiado desde donde se domina la desembocadura del Miño. Allí se encuentra el yacimiento arqueológico del castro o poblado fortificado del mismo nombre.



Aquellos canales llenos de agua son los que configuraron las cinco rías gallegas: la ría de Vigo, la de Pontevedra, la de Arousa, la de Muños y Noia, y la de Corcubión y Cee.

Pero, además, sacudió de tal manera la otra mano que se le había quedado embarrada que de entre sus enormes dedos salieron disparadas bolas de lodo que aterrizaron aquí y allá, dispersas caprichosamente en el mar, dando lugar a las hermosísimas islas de Galicia: Cíes, Arousa, Sálvora, Cortegada, Ons, Sisargas, Oncela, Tambo, Sagres, San Vicente, Gabeiras, Coelleira, Torraia...

MEMORIA DE LA ATLÁNTIDA

La Atlántida es una isla legendaria, tan grande como un continente, que desapareció en la Antigüedad bajo las aguas del océano Atlántico. Según el filósofo griego Platón², sus habitantes, los atlantes, fueron castigados por los dioses por su soberbia y, en el tiempo en que transcurren un día y una noche, sucumbieron a causa de un gran terremoto o de un volcán.

Pero en las costas gallegas aún sobrevive la memoria de la Atlántida. Los marineros de Malpica de Bergantiños, pueblo marineramente de la Costa da Morte³, cuentan que a unas diez millas ha-

² Platón (c. 427-347 a. C.). Filósofo griego seguidor de Sócrates y maestro de Aristóteles. Fundó en Atenas la Academia, como centro de enseñanza de todos los saberes.

³ No se sabe con certeza por qué esta parte de la costa gallega, de mar bravo y olas gigantescas, se llama Costa da Morte. Unos dicen que es por los muchos accidentes y naufragios que allí ocurrieron; otros, que se debe a que en la Antigüedad se creía que el Sol «moría» devorado por el Océano. (Nota del Autor).



cia el oeste hay unos peñascos que sobresalen del mar, y que, cuando baja la marea, se pueden ver restos de muros y escaleras que corresponden a las edificaciones de alguna villa o ciudad de la desaparecida isla.

Dicen también que, antes de que la Atlántida desapareciera para siempre, aquellos hombres y mujeres que habían llevado una vida dedicada al bien tuvieron la oportunidad de salvarse y huir en barcas de piedra, y que, dirigiéndose hacia el este, arribaron a las costas gallegas. Muchos de ellos se convirtieron en santos y santas y fundaron los grandes santuarios situados en las costas de Galicia: santa Comba llegó a Covas; san Adrián, a Malpica; san Andrés, a Teixido; la Virgen de la Barca, a Muxía; san Tirso, a Portoce-lo; san Mauro, a Posmarcos... y algunos santos, santas y vírgenes más.

CUANDO LOS ANIMALES HABLABAN

Hace mucho tiempo, cuando los animales hablaban y Dios y el Demonio aún eran amigos, ambos se dieron cuenta de que los animales no tenían nombre, y de que eso causaba muchos problemas. En vez de decir «perro» tenían que decir «ese animal cuadrúpedo con rabo, que ladra y a veces muerde...» o algo parecido. Entonces decidieron ponerles un nombre. Y así lo hicieron. ¿Queréis saber, por ejemplo, por qué el caracol se llama caracol? Pues prestad atención a la siguiente historia.



Un día, le dijo Dios al Demonio:

—¡Tenemos que poner nombre a los animales!

—¡*Selamina sol a erbmon elrenop euq somenet!*

—repuso el Demonio en lengua inversa, que es la que usa cuando quiere remedar a Dios.

Y acordaron que al día siguiente los dos se sentarían en un sitio alto y que mandarían a todos los animales que se pusiesen en fila y que fueran pasando por delante de ellos.

—¡Tú le pones el nombre a uno y yo a otro, y así hasta que pasen por delante de nosotros todos los animales! —dijo Dios.

—¡Sea! —dijo el Demonio.

Y al día siguiente, desde el amanecer, comenzaron a desfilar ante ellos todos los animales de los que había noticia en aquel tiempo:

—Burro.

—Buey.

—León.

—Caballo.

—Perro.

—Gato.

—Ratón...

Y así todo el día, sin descansar ni para comer. A punto estaba ya de anochecer cuando Dios exclamó:

—¡Menos mal que ya estamos acabando! Estoy muy cansado y ya no puedo ver qué animal es el que se acerca a nosotros.

—Tienes razón —afirmó el Demonio—. Pero como solo nos queda uno por bautizar, ese que se viene arrastrando con una concha encima, es mejor ponerle nombre y ya acabamos.



—Yo prefiero volver mañana cuando sea de día —dijo Dios.

—¡No! ¡Por un solo animal no merece la pena volver mañana! ¡Le ponemos un nombre cualquiera y ya está! —protestó el Demonio.

—Pues, entonces —repuso Dios— como se va arrastrando de cara a una col, le llamaremos caracol, y ya está.

Entonces, como en esa época los animales hablaban, el caracol, dijo:

—¡Pues menos mal, que no me iba arrastrando de cara a un ajo!

EL RÍO DEL OLVIDO

Este río que ahora es conocido como Limia o Lima, nace en Sarreaus (Ourense) y desemboca en Portugal, en Viana do Castelo. Antiguamente recibió el nombre de Letes⁴, que significa olvido, y también Belión.

El general romano Décimo Junio Bruto, en el año 138 a. C., se propuso cruzar este río con sus soldados para completar la conquista de las tierras occidentales de Galicia. Pero sus tropas se negaron a vadearlo⁵, pues los nativos gallegos los habían convencido de que aquel que cruzase las aguas del Letes se olvidaría para siempre de

⁴ Según la mitología griega, aquel que bebiese de las aguas de este río se olvidaría de su pasado; lo que, en lenguaje simbólico, equivale a morir. (Nota del Autor).

⁵ Vadear significa pasar un río u otra corriente de agua profunda por el vado (zona del río poco profunda) o por cualquier otro sitio donde se pueda hacer pie.



su tierra, de su gente y hasta de su propio nombre.

Cuentan los historiadores romanos que, finalmente, Décimo Junio Bruto, apodado «El Galai-co», cruzó el río solo y que desde la otra orilla fue llamando uno por uno y por su nombre a todos los componentes de su ejército para que vieran que al cruzarlo no se borraba la memoria. Pero, después de atravesarlo, el miedo a lo que podía aguardarles si continuaban avanzando les impidió seguir adelante con su campaña de conquista militar.

La moura¹ Ana Manana

Ana Manana es una *moura* que vive encantada² en la fuente que lleva su nombre, situada en un roquedal próximo al pozo Meimón, en el río Miño, muy cerca de la ciudad de Ourense. Como todas las *mouras*, viste de blanco, es blanca de piel, y su pelo es largo y rubio.

Según la leyenda, un hombre que regresaba de trabajar en las siegas en Castilla se cruzó en el camino con un señor elegantemente vestido que le preguntó de dónde era y si sabía dónde quedaba el pozo Meimón.

Tras responderle que sí, que él sabía donde estaba el pozo, el señor le hizo la siguiente pregunta:

—¿Te gustaría ser rico?

¹ La *moura* es un ser mitológico, con apariencia de mujer muy bonita, que protagoniza innumerables leyendas populares en Galicia y en toda la Península. Es la memoria que nos queda de antiguas diosas relacionadas con el destino de las personas. Es la *hada madrina* de los cuentos.

Por otro lado, *Ana Manana* evoca los nombres de Ana, Dana, Don o Diana, diosas de las aguas y de las fuentes a quienes estaban dedicadas, por ejemplo: la Laguna de Anna (Albufera de Valencia), el Coto de Doñana, los ríos Guadiana, Dnieper, Dniester, Don, Danubio... Es la Anna Purna india y la Anna Perenna romana, cristianizada como santa Ana. Se trata del mismo ser que las *xanas* asturianas y las *anjanas* cántabras. (Nota del Autor).

² Estar «*encantado*» es de alguna manera una condena, pues obliga a quien es víctima de algún ritual mágico de encantamiento a residir en un lugar concreto por miles de años, o hasta que aparezca alguien capaz de ejecutar correctamente el rito de desencantamiento. (Nota del Autor).



—¡Hombre! ¡A quién no!

—Pues toma este queso y escúchame con atención: tienes que ir al pozo Meimón, acercarte a la fuente que está al lado y gritar tres veces: «¡Ana Manana!». Después de la tercera llamada, verás salir por el ojo de la fuente a Ana Manana, una *moura* de gran belleza a la que podrás desencantar si le haces entrega del queso. Ella te lo agradecerá ofreciéndote tantas riquezas, que podrás vivir sin volver a trabajar lo que te quede de vida.

—¡Hecho! ¿Solo es eso lo que debo hacer?

—Aún tengo que decirte lo más importante: para que todo salga bien no puedes tocar el queso, ni puedes contarle esto a nadie.

—¿A nadie?

—A nadie. Y menos a tu mujer, pase lo que pase, pregunte lo que te pregunte; si se lo cuentas, el desencantamiento fracasará y tú te quedarás sin las riquezas.

El hombre, convencido de poder atender debidamente el encargo, envolvió el queso en un paño y prosiguió el viaje de regreso.

Pero antes de ir al pozo Meimón a cumplir con el encargo, decidió pasarse por su casa para saludar a su mujer y descansar un rato.

La mujer, al verlo llegar con aquel paño, le preguntó:

—¿Me traes un regalo?

—No, mujer, es un encargo que me hicieron pero no se te ocurra tocarlo.

—¿No me dejas verlo?

—No.



—¿No traes nada para mí?

—No. Pero si haces lo que te pido, solo te puedo decir que seremos ricos para siempre.

Dicho esto, el hombre se retiró a descansar.

Entonces, su mujer, ansiosa por descubrir qué secreto guardaba el paño, aprovechó la ocasión para curiosear.

Al ver que dentro había un queso, rebanó un pedacito y lo probó. Después recompuso el paquete lo mejor que pudo. De modo que cuando más tarde su marido cogió el paño, ni se percató.

Al llegar a la fuente, el buen hombre, tal y como le había indicado el misterioso señor, se puso a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Ana Manana! ¡Ana Manana! ¡Ana Manana!

Y apareció una *moura*, hermosísima, aunque con el ceño fruncido.

—¿Porqué me llamas? —preguntó.

—Te traigo este queso —respondió el aldeano sin más.

La *moura* lo cogió, abrió el paquete, y al ver que le faltaba un trozo, su enojo se convirtió en ira desenfrenada:

—¿Qué has hecho? —le gritó fuera de sí—. ¿Acaso no te dijeron que no tocases el queso y que no le dijases nada a nadie? —continuó diciendo, desesperada.

Y así estuvo la hermosa joven increpando durante un buen rato al pobre hombre, mientras este empezaba a sospechar quién podía haber causado semejante desaguisado...





De pronto, la *moura* depositó el queso en el suelo. Y nada más tocar la tierra, el manjar se convirtió en un robusto caballo blanco, aunque cojo, pues le faltaba una pata.

—¿Ves? ¡Ahora ya no me puedes desencantar! —exclamó—. Este era el caballo en el que me iba a marchar y mira cómo está. Yo me quedaré aquí para siempre por tu culpa y tú has perdido las riquezas que te iba a dar. Anda, vuelve a tu casa, y llévale esta faja a tu mujer y que se la ponga cuando esté a punto de dar a luz.

Y por arte de encantamiento, tal y como se habían presentado, se sumieron dama y caballo cojo en el interior de la fuente.

El hombre, entristecido por no haber logrado cumplir su promesa y por perder la posibilidad de hacerse rico, cogió la faja y regresó hacia su casa. Pero mientras caminaba, se puso a imaginar qué tal le iría la faja a su mujer. Para ver cómo era, la colocó muy estirada sobre el tronco de un alcornoque, y en cuanto la prenda rozó la corteza del árbol, se formó una llamarada imponente que en unos segundos consumió el árbol y la faja.

Tras el susto, el hombre se consoló, pues se dijo que si su mujer, estando embarazada, hubiese llegado a vestir aquella faja, entonces, sí que su tristeza no habría tenido consuelo.